

Otra Parte

Por Juan Laxagueborde (de Mancilla)

<http://www.revistaotraparte.com/>

Hace pocos meses *Otra Parte* sacó su último número en papel. Antes de hablar sobre la revista, les quiero leer lo que aparece en la última contratapa, donde avisan que no va a salir más. Lo hacen de modo “analógico” (o sea que sólo se entera quien compra la revista), que es el que me parece más lindo:

Lectores, al cabo de doce años, los que hacemos *Otra Parte* queremos acordar con la impermanencia de todas las cosas. Despedir una etapa y ponernos a trabajar en otra. Este número es el último con el formato al que ya estábamos demasiado habituados. *Otra Parte* semanal, nuestra revista virtual de reseñas, seguirá publicándose en la web todos los jueves como pruebas de que el espacio de disidencia que compartimos con ustedes sigue activo. Sabemos que en el deseo de diferentes formas de vida y en atención a la época ya se esbozan formatos nuevos.

Yo escribo cada tanto en *Otra Parte* semanal, gracias a la generosidad de Graciela Speranza, Marcelo Cohen y los demás editores que reciben los textos y los publican con benevolencia. Así que me resultaría incómodo hablar de *Otra Parte* semanal, pero voy a hablar de la revista de papel.

La revista apareció en el año 2003 con una intención –creo yo– de trascender cierto estado de la crítica cultural, porque es una revista de crítica cultural, de teoría estética, literaria y política, con una predominancia del ensayo. La revista representa un salto generacional. Sus directores, Graciela Speranza y Marcelo Cohen, pertenecen a otra generación de las tres revistas en las que estoy pensando, que eran las canónicas en ese momento: *Confines*, *El Ojo Mocho* y *Punto de Vista*, que en los años 2000 empiezan a declinar. Un ejemplo claro de esto es el último texto que escribe Beatriz Sarlo en el N° 90 de *Punto de Vista*, donde dice, palabras más palabras menos, “dejo de hacer esta revista porque me quedé sola”, lo cual habla de su obstinación y también un poco de cierta malevolencia, porque la gente se iba yendo (muy probablemente aturdida por su actitud heroica, por decirlo de alguna manera), y a su vez ella seguía sacando esta revista en la que uno puede leer toda la democracia argentina hasta el conflicto con el campo, que fue cuando *Punto de Vista* dejó de salir. Hay ahí una transición que me parece que está buena y que *Otra Parte* vino a saldar.

Otra Parte salía cada cuatro meses. Tiene (decir “tenía...” sería incorrecto, ya que hasta que no se termine el último ejemplar de la última biblioteca hay que nombrarla en presente) un consejo directivo muy heterodoxo. Si mal no recuerdo están Alan Pauls, Alejandro Grimson, Inés Katzenstein, Guillermo Kuitca, Martín Rejtman, Silvia Schwarzböck, Vivi Tellas, Graciela Speranza y Marcelo Cohen... gente muy diversa y de una factura artística muy bella, gente que hace, en el mejor sentido de la palabra, cosas bellas. Y es que es una revista sobre la belleza.

Hoy estaba en un bar preparando una clase, leyendo *El Payador*. Ahí Lugones dice que a él le interesa más la tradición helénica que la gótica porque la gótica buscaba la verdad y la helénica la belleza. Y la verdad es pasajera como las épocas. Cada quién se arma su época, cree que su época es de determinada forma, cree haber encontrado el signo del mundo en una época determinada, y la época siguiente, o la generación siguiente tira por la borda todo. En cambio la belleza es permanente. Donde se encuentra lo bello está la justicia. Recuerdo también que Martínez Estrada dice que Lugones dice no sé dónde que la justicia es el triunfo de la belleza. De hecho, en la explicación que da la revista en la página de Internet habla un poco de eso: de encontrar en el arte, en lo estético, información sobre el mundo contemporáneo mucho más intensa quizás que en la espuma de la discusión política. No es una revista de discusión política ni tampoco entusiasmada con la coyuntura. Ninguna de las revistas que nombré antes –si las nombré tengo que hacerme cargo de que armé un linaje– ni *Confines*, ni *El Ojo Mocho* ni *Punto de Vista*, ni probablemente ninguna de las mejores revistas importantes de la Argentina fueron revistas entusiasmadas con la propuesta inmediata de la coyuntura. El consejo editorial no se reunía mirando los noticieros. Eso hay que decirlo, porque las revistas culturales más interesantes son las que acompañan con un registro más lento de las cosas, a otra escala y a otra velocidad que el bregar diario y la febrilidad de la historia política argentina.

En la página de internet de *Otra Parte* se puede leer completo el N° 1, al que quería nombrar para terminar después con el último número. El primer número tiene dos textos elocuentes. Uno es de Damián Tabarovsky, se llama “Dos lugares”. Está escrito como escribe Tabarovsky, corto, como sin prestar atención. El

artículo tiene dos partes: primero se queja de la Facultad de Ciencias Sociales (y me parece bien porque en su primer número *Otra Parte* instala ya la relación de las revistas con las instituciones y con la escritura institucional y el pensamiento institucional). Dice Tabarovsky en ese primer número que parece que Ibarra y Macri, allá por 2003, iban a debatir. Y había mucha alegría en el mundo político porque habían logrado que debatieran, pero no conseguían un mediador. Finalmente el mediador fue el director de la carrera de Comunicación de la UBA. Tabarovsky se quejaba del rol de las ciencias sociales –Tabarovsky había estudiado Sociología–, rol que las Humanidades ven pasar. Dejo eso picando, porque me hago la pregunta sobre si la Universidad tiene una función, si las humanísticas tienen que tener una función, o si su única función es que quien pasa por ellas trone en la conmoción del conocimiento, la belleza del conocimiento y nada más, que serían instituciones improductivas. No estoy muy lejano a esa forma de pensar las universidades, con una autonomía radical, una autonomía a un nivel que la corra de los modos de producción y que la corra del desarrollismo y del mundo del trabajo. Que sea un lugar en el mundo y fuera del mundo a la vez. No hay que tener culpa de ciertas perezas potentes. No está mal que haya un lugar donde no pensar nada o donde pensar sin ningún tipo de referencia a la lengua del sistema de producción. No me parece desdeñable esa idea.

Volviendo a Tabarovsky, creo que él estaba tratando de ir por ahí, cosa que también hace en su libro sobre literatura, donde dice que la literatura de izquierda es la literatura, por decirlo de una manera disparatada, que no tiene ninguna relación con lo real.¹ Este texto de Tabarovsky también habla de la poesía, y dice que había recibido un mail donde le informaban que había un ciclo de poesía, y que parece que era un mail muy elocuente, que intentaba entusiasmar a quien lo lea desde un plano en el que la poesía lo iba a hacer feliz. Una cosa medio estandapera, digamos. Algo que decía *Vení a escuchar el recital*, etc... Y Tabarovsky decía que bueno, al fin y al cabo, la sociología y la poesía son lo mismo. Una te alegraba y la otra te regulaba desde un lugar aséptico. Entonces, también la poesía asumió ese lugar de conmoción, y ahora es una especie de animador de fiestas infantiles, decía Tabarovsky. Pero está bien eso, porque la revista, como muchas de las que están acá, es una revista que uno puede leer entera, o que a quien la compre es muy probable que no le interesen todos los artículos. Esto quizás es una obviedad pero acá se nota, porque hay un texto –más largo– de Marcelo Cohen sobre la poesía de Sergio Raimondi.

Debe ser el primer texto que valora la poesía de Sergio Raimondi y está en el mismo número donde Tabarovsky decía que la poesía era una especie de payaseada postmoderna. Creo que lo que hace Cohen es valorar ese materialismo de Raimondi, que es un materialismo que se hace cargo de la decadencia social y cultural de Bahía Blanca, pero también del país.

Las revistas más interesantes tienen estas características. Revistas que pueden, en el mismo número y quizás sin quererlo, discutir y generar una corrosión que me parece interesante. Por otro lado, como Diego Peller presenta acá *Mancilla*, voy a hacer público que yo tuve una polémica con Diego –aunque no había una tercera parte, que es cuando se efectiviza una polémica– por un texto que escribí tratando de marcar algunas cosas de un texto de un reseñista de la revista *Ñ*, Maximiliano Crespi, y reivindicando a Pablo Katchadjian y reivindicando también a cierta crítica literaria no impostada de materialismo o de politicidad como la que propone Maximiliano Crespi. Y Diego me contestó que le parecía bien, pero que en realidad, los que yo ponía como alternativa a Maximiliano Crespi eran tan gurkas como Maximiliano Crespi. Esa era la idea más o menos. A mí no me pareció que estuviera muy bien lo que decía Diego, que exageraba su autonomismo. Estoy en esas diatribas, pero estoy también buscando textos de Diego en la *Otra Parte* y encontré dos, con los que estoy totalmente de acuerdo. Uno sobre Oscar del Barco –probablemente el gran filósofo argentino junto a León Rozitchner– y otro sobre Carlos Correas. Y en este último, Diego decía algo muy lindo: parece que Correas se quejaba mucho de *Contorno*, salvando las distancias, casi como uno se quejaba de Maximiliano Crespi. Porque eran personas demasiado grandilocuentes en su mirada sobre el mundo, muy seguras de sí mismas. Y decía que la revista *Contorno* era una porquería, que no tenía ningún programa, que no sabían lo que estaban haciendo y que, en realidad, todo era un mito de la historia de la literatura. Que en la historia de la literatura o en las revistas, *Contorno* se había convertido en un mito, pero que en su momento era una revista muy chica, de cenáculo, como cualquiera de estas puede ser. Diego se hace la pregunta: ¿alguien sabe qué está haciendo cuando lo está haciendo? ¿hace falta tener un programa? ¿no es ya mucho que alguien a la distancia y en el futuro tome ese objeto, lo vindique, lo acompañe, lo relea, haga cosas con él, se pelee? En definitiva, las revistas se identifican gracias a ese run run de la crítica. En estas revistas nuestras, crítica y lectores son el mismo sujeto. No hay muchos lectores que uno vea leyendo estas revistas en el colectivo. Por lo menos yo no he visto gente leyendo *Mancilla*. Pero quería decir eso porque me parece que las revistas que hacemos son

¹ El libro es *Literatura de izquierda* (2004).

una lágrima en el desierto. Algo improductivo, algo anti desarrollista. ¿Para qué hacemos las revistas? Yo no creo que la revista intervenga, que sea una revista de intervención que inmediatamente logre proponer temas de debate en algún lugar específico, o en algún campo. Entonces, me gustaba esa idea de Diego de que las consecuencias de su entorno exceden a la propia literatura de ese momento.

Para terminar quería recomendar el último número de *Otra Parte*, un poco también para los coleccionistas, porque esto se va a valorizar en unos años. No sé si vieron que no se nota que es el último número. Es interesante eso. Con *Punto de Vista* pasó también: si Sarlo no te explica que es el último número, uno no se da cuenta. Con *Otra Parte* pasa lo mismo, no es una revista hecha con el último suspiro de su decadencia, es una revista hecha en el apogeo, quizás, de su elocuencia. Pero por razones que el lector no conoce, se terminó. Pero además, hay un texto específico que me gustó mucho, escrito por Lucrecia Palacios, sobre una galerista que se llama Daniela Luna, un personaje del mundo de las artes plásticas bastante reconocido, que había tenido cinco minutos de fama en 2007, 2008, 2009 y, de repente, así como un monje, desapareció de ese mundo. Entonces Lucrecia trata de encontrarla. Ella tenía una galería que se llamaba Appetite. A mí me gusta ese texto porque por un lado está tratando

de desencantar a la figura de Daniela Luna. La historia, y cuando uno historiza un mito, cuenta sus detalles, se mete, trata de desactivar los misterios de ese mito, los termina convirtiendo en algo desencantado, en algo mundano. Y a la vez, la reencanta de nuevo porque, efectivamente, no encuentra a Daniela Luna. Uno se queda con la duda. Uno cree conocer a este personaje, pero por otro lado se da cuenta de que lo que conoció es una ínfima parte de su vida y de lo que vendrá. Entonces, me gustaba este gesto de desencantar y encantar a la vez que proponía Lucrecia, también como tragedia de la revista. Ilusamente todos los que estamos en una tratamos de entender la época y trazar las coordenadas. Todos los nombres de los suplementos *Radar*, *Ñ*, el programa "El refugio de la cultura"... siempre se está como tratando de mapear la cultura, de encontrar las claves. En esa idea de desencantar uno a la vez sin quererlo se va encantando y se va complejizando por otros medios. Me parece que esa tragedia de querer entender y terminar no entendiendo qué hace uno ahí es el máximo valor de las revistas, porque hay que ser muy valiente para hacer cosas sin sentido. Una revista no tiene ningún sentido, me parece. Va en contra del desarrollo, contra el progreso. Muchas de estas revistas se pueden leer en cualquier momento. Cualquier número de *Otra Parte* se puede leer en cualquier momento de la vida. Como la mejor de las revistas.